PRESENCIA



BUENOS AIRES, VIERNES OCHO DE JULIO DE MIL NOVECIENTOS CUARENTA Y NUEVE. — AÑO UNO — NÚMERO CATORCE.

Aparece el segundo y cuarto viernes de cada mes. Dirección: Sarmiento 930. Administración: Venezuela 649. Imprenta: San Juan 3875. Buenos Aires. Precio del ejemplar: $ 0,50 Suscripción anual: $ 12.–

KIERKEGAARD Y EL CATOLICISMO

Completamos hoy el artículo anterior del P. Cornelio Fabro sobre Kierkegaard porque lo creemos de excepcional interés para establecer el auténtico existencialismo. Recomendamos la lectura del estudio completo que en la INTRODUZIONE *al* DIARIO *(Mbrcelliana, Brescia) dedica Fabro a Kierkegaard. (N. de la R.).*

En una presentación italiana del Diario, no podía faltar una referencia a la actitud de K. hacia el Catolicismo de la que el Diario mismo es el documento más explícito. La dirección adogmática y antieclesiástica que —como se ha visto— toma su Cristianismo, advierte en seguida que no se trata de "poner de acuerdo" las dos concepciones: no se trata aquí de establecer confrontaciones, sino más bien de seguir algunos puntos de contacto, de destacar hondas exigencias y presentimientos que emergen en el arduo camino de este apasionado buscador de Dios. Ciertamente estos puntos no bastan por sí solos —y no bastaron a K. para hacerse católico— y se sabe que el Catolicismo quiere adhesión y no se contenta con simpatías: la simpatía es aún subjetividad humana e intelectualismo, como lo es la "interioridad secreta" (*skjulte Inderlighed*) protestante. Pero aquellos puntos de acuerdo con el Catolicismo y esta simpatía —con una noticia, sumaria por otra parte, que K. tuvo del Catolicismo— constituyen siempre un documento importante de su espiritualidad y hacen pensar a qué resultados no habría llegado su obra si su conocimiento de la vida y de la doctrina católica hubiese alcanzado fuentes más directas y un contacto personal. Entonces K. se habría ahorrado no pocos juicios sobre hechos, instituciones y dogmas: juicios que, cuando no son abiertamente injustos, resultan con mucha frecuencia infundados o por lo menos ingenuos. Así sus flechazos a la doctrina católica del mérito y de los Sacramentos, al pretendido abuso de Cristo como "ejemplo", al ascetismo medieval, al jesuitismo, al Papado como "instancia humana" y tentativa política... y otras viejas antiguallas que recoje a veces, sin crítica, de la tradición antiromana de su ambiente, hieren dolorosamente al lector católico.

Pero a esto se añade inmediatamente el que K. no hizo jamás polémica directa contra el Catolicismo y que consideró la vida y la concepción católica como la más cercana al Cristianismo originario del Nuevo Testamento y de la Iglesia primitiva. Luego, durante su vivaz polémica antiprotestante, está siempre en función de principios católicos y a veces —como en el problema de la Gracia y de la Fe— diría que sin darse cuenta se acerca casi expresamente a los principios tomistas. De inspiración católica y claramente antiprotestante son todavía sus doctrinas sobre la predestinación, sobre la imitación de Cristo, sobre la necesidad de la confesión sacramental como testificación para el perdón de los pecados en esta vida, sobre la independencia de la Iglesia del Estado, sobre el valor espiritual del celibato eclesiástico, sobre el valor de la ordenación como fundamento de la autoridad y del "munus pastorale". En cuanto a este último punto, aun algunos intérpretes protestantes como Drachmann, Geismar, Höffding, Lowrie y el mismo judío Brandes, están de acuerdo en afirmar que K. se mueve en el clima de exigencias católicas y que si las hubiese profundizado habría llegado derecho a la doctrina católica de la eficacia de los Sacramentos *ex opere operato*: su polémica, que ha permanecido inédita, contra el pastor Adler, gira en gran parte en torno a esta doctrina Tridentina. En la Disertación: *Sobre la diferencia entre un genio y un Apóstol* de 1847, que es un extracto del "Libro sobre Adler", se afirma expresamente que la "autoridad (divina) es una cualidad específica o de la vocación apostólica o de la ordenación y es sobre ella que se funda la predicación cristiana. La relación de la autoridad entre hombre y hombre es transitoria: sólo la autoridad divina es eterna y divina. Cristo, el Hombre-Dios, tiene la plena posesión de la cualidad específica de la autoridad divina. La autoridad resuelve el problema de que todos sin ser especulativos puedan entrar en posesión de la verdad absoluta. Toda la especulación moderna ha sido afectada por haber abolido la obediencia y la autoridad". Y en K. se encuentra la teoría de lo "Extraordinario" y el martirio, de la que nació su admiración (culto) por la Señora y por los "gloriosos santos", por el Sacerdocio católico, libre de la ingerencia del Estado: toda una orientación que es ciertamente antiprotestante. Su misma teoría del Singular, errada hasta cuando excluye la función de la Iglesia visible, está cerca del concepto católico de jerarquía que culmina en la infalibilidad personal del Papa, porque también K. no admite en la Iglesia un "gobierno del pueblo"; la autoridad reside únicamente en un individuo y rechaza el principio protestante "todos somos pastores". Martensen ha concentrado, es cierto, su acusación sobre la imposibilidad de la Iglesia que está implicada en la "doctrina del singular". Pero Lowrie observa que K. combatía solamente la teoría de la Iglesia de R. Rothe como "una sociedad que existe primera y separadamente de los individuos que la componen" lo que ciertamente no es la doctrina católica.

Verdaderamente, como se ha visto, las declaraciones de K. sobre la Iglesia son más universales y explícitas, pero yo creo que no habrían sido tales si él hubiese podido conocer la vida íntima y hubiese atendido a la ininterrumpida historia de sangre de la Iglesia Católica. Después están los estribillos: "mejor el Catolicismo", "El Catolicismo tiene en cambio más espíritu", "detrás del Claustro del que irrumpió Lutero" y otros parecidos, a los que responden sus sarcasmos contra la Cristiandad degenerada: "especialmente en el Protestantismo, especialmente en Dinamarca". Luego, su juicio sobre Lutero no parece muy distante en definitiva del juicio del P. Denifle, a pesar de las no pocas incongruencias de K. a este respecto. E. Hirsch, en cambio, ve una antítesis e incompatibilidad insuperable entre K. y el Catolicismo: pero entonces deberá dar razón de un conjunto de indicios —ahora señalado y que podría ser continuado— cuyo significado muy difícilmente podrá ser rechazado. Y aún la interioridad kierkegaardiana, es católica en el fondo. Está hecha de plegaria y transporte filial hacia Dios, de trabajo ascético, de meditación sobre las Personas Divinas y sobre el Verbo Encarnado y muchas veces bajo la guía de Autores Católicos (La Imitación de Cristo, Taulero, S. Bernardo, Blosio, Abrahán de Santa Clara, S. Alfonso M. de Ligorio, etc.) es de un pietismo sano, inspirado en la mística católica y en oposición explícita con "las horas silenciosas" (*Stille Timer*) de la vaga interioridad protestante que humea en el fuego de paja del culto dominical. Y confiesa que "mientras la Reforma es mundanidad y lujuria", en el Catolicismo "hay siempre algún cristiano de carácter". Indicios y dirección que podemos cerrar con la confesión: "Si hubiese vivido en el Medioevo, habría terminado en un convento y me habría entregado a la penitencia".

Y si hubiese vivido en contacto con el Catolicismo de su

LOS CATOLICOS Y EL

Si queremos detenernos a reflexionar con cierta atención, acerca de la actitud que guardan los católicos —así en general, como *"un ambiente determinado"*— respecto del arte de nuestros días, del que marca una época de desconcierto, pero que la marca al fin; veremos pues qué oportuno resulta escribir desde PRESENCIA estas cosas. Y lo decimos, no por otra razón que la de habernos empeñado en ir interpretando en lo concreto, la insistencia con la que el Santo Padre se refiere a dos conductas extremas, que suelen adoptar los católicos, ante las condiciones en que nuestro tiempo se ofrece para *"trabajarlo"*.

En nuestro caso, resulta obvio que estamos dentro de los que *"mantienen una rigidez y una inmutabilidad, completamente estéril"*, es decir que es ilusorio y engañoso no querer avanzar con el mundo y ser segregado de él, sin adaptar continuamente las maneras y el comportamiento, a las condiciones con que debe operar el arte religioso.

Acaso algunos católicos vean un riesgo permanentemente en acecho tras de las formas con las que se presenta el arte nuevo; a ellos precisamente van dirigidas estas reflexiones.

Es innegable que dentro del *ambiente católico*, lejos de existir auténticos representantes de las formas nuevas —que van en camino de envejecer, antes de que nos enteremos de ellas— sólo hay reaccionarios *a priori* y lo que es peor aún, una mayoría aplastante de ignorantes.

Quienes con propósitos de formación y ejercicio de vida interior hayan meditado seriamente que uno de los atributos de Dios es la belleza, y que el arte católico es un ingrediente imprescindible para la recuperación de la cultura y la pacificación de la conciencia del mundo, atenderán dócilmente a unas cuantas verdades, que con ser duras realidades, no por eso deben atenuarse. Y el arte, ayuda a vivir, ayuda a salvarse.

La Verdad y la Bondad, son manifestaciones divinas, que aparecen cotidianamente y de inmediato. La Belleza no. Es algo más delicado, y por lo tanto más sutil el iniciar su captación, porque el hombre moderno, ha sumado a su alejamiento de la inteligencia y de la moral, una cantidad de aberraciones en el placer estético. Es que el camino de la belleza, no sólo no es fácil, sino que está preñado de exigencias; tanto para el artista como para el público.

Y sin entrar a discriminar las influencias extrañas, que hayan podido ingerir las sensibilidades, hay un hecho concreto, aparentemente inofensivo de negligencia, ante lo que no es simplemente espontáneo o virtuoso, ante lo que no refresca tibiamente los recuerdos, hace deseables los paisajes, provoca emociones domésticas o propone burdas analogías.

Es que todos los que hasta se deleitan *a reglamento*, quie-

tiempo, especialmente del mundo latino, siempre floreciente con almas entregadas a la abnegación cristiana? Si hubiese acercado sus instituciones, su Fe y su Moral, a las fuentes y a las actuaciones de la cristiana caridad? Si hubiese leído —para tocar el comienzo y el fin del heroico Medioevo— las obras de S. Pedro Damián y el Tratado con las Cartas de Santa Catalina de Siena? En verdad, es difícil hacer conjeturas, cuando se está frente a un espíritu que posee la movilidad del de K.; pero me parece que aquellos reconocimientos suyos muestran que había recorrido buena parte, o tal vez la mayor parte del camino, y no sorprende el que haya sido posible acercarlo a Newman. La "situación real" de K. en el fondo, ha permanecido probablemente invariable: una sorda incompatibilidad de su espíritu con el Protestantismo, sincera simpatía por el Catolicismo por estar más cercano a las exigencias del Nuevo Testamento —pero inclinación por un Cristianismo primitivo que se actualiza en el humilde ocultamiento de pequeñas sectas, de conventículos secretos al margen de todo suceso mundano. Un texto del Diario de la juventud nos coloca un problema explícito sobre este punto: "En general, pocos son los hombres que estén en situación de soportar la noción protestante de la vida; y si se quiere que esa sea verdaderamente una fuerza para el "hombre común", es necesario que se realice en pequeñas comunidades o que se acerque al Catolicismo...". La respuesta dada por K. al problema, es en sustancia siempre aquella que se lee en el artículo "¿Por qué la Cristiandad es la putrefacción del Cristianismo?"... publicado en "Faederlandet" del 20 de marzo de 1855. Si K. repite allí la condena del Protestantismo que es "simplemente, cristianamente una falsedad, una deshonestidad que falsifica la doctrina y toda la concepción cristiana del mundo y de la vida"; él pone en guardia también de "entrar en la Iglesia católica" como de un "paso precipitado del que él no se hará culpable", afirmando que "se puede muy bien ser cristiano a solas. El fin se acercaba al principio: retornaba a la impresión pietista de la primera edad cuando junto con el padre se dirigiría a los conventículos de la "comunidad de los hermanos".

Cornelio Fabro

ARTE MODERNO

ren evitarse en lo posible cualquier esfuerzo —y en lo que no creen posible, ignorar de qué se trata—. Por eso han preferido no pedirle nada a la belleza ni al arte, por las dudas de que les hicieran trocar sus sencillos esquemas por otros más inseguros, aunque de infinitas posibilidades.

Así existe mucha gente que escucha música con sincero entusiasmo —pongamos por caso, una composición llena de sugestión— pero que sólo repara en el juego armonioso de los sonidos (¡tan sabiamente combinados!) marcando el compás con el pie.

Puede ser que la *catarsis* de que comenzaron a hablar los griegos— esa extraña fuerza que tiene el arte, mediante la cual nos curamos de las pasiones y debilidades, siempre deje un rastro más o menos definido, más o menos decisivo... Pero, y todo lo que se ha desperdiciado, por no colocarse en un estado de receptividad total, a partir del cual el espíritu irá operando e intuyendo dentro del misterioso influjo?

Todo esto puédesenos ocurrir, después de haber asistido, junto con cinco mil espectadores a un concierto de Beethoven. Lo mismo conjeturaríamos a propósito de una exposición de pinturas de Van Dyck. O ante esculturas y poesías consagradas por el gusto general.

Pero, y este es el verdadero tema de nuestro comentario, qué reacciones ocasionaría a ese mismo numeroso público *L'histoire du soldat* de Strawinsky, una *nature mort* de Picasso, una escultura de Henry Moore, un poema de Rilke, por poner los especímenes más conocidos del arte moderno?

Aquí el gran público, no contando con lo anecdótico, termina por desorientarse, porque en rigor no ha aprendido a valorar ni siquiera a apreciar. Exactamente puede estar comenzando a suceder con las expresiones estéticas contemporáneas. De acuerdo.

A través de Debussy —siguiendo el ejemplo de la música— vemos hoy, que sólo una cuestión de buen gusto —y el buen gusto, nada tiene que ver a veces con gran arte— es la que atrae con métodos no del todo legítimos a los espectadores.

Pero, esto es el *snobismo* y en este asunto tal palabra conviene no repetirla, pues está en tan malas manos frecuentemente, los que quieren ser prudentes antes de ser fuertes. Y además sería largo, pero no infructuoso, demostrar que existe una cierta cursilería tan o más nefasta, que se supone *de vuelta* de todo y se refugia en un arte muy limitado, que se acomoda a su vida íntimamente burguesa.



Y esto qué tiene que ver con la religión preguntará el lector. Es cierto. Al fin y al cabo el distanciamiento que se ha operado entre el artista y el público, en lo que va del siglo, es un tema independiente —con raíces económico-sociales en gran parte— y asimismo perfectamente verificable.

Pero lo que ocurre entre el arte y el público en general, es similar a lo que pasa entre el arte moderno y los católicos.

Si recabamos en nuestra responsabilidad de integrar la religión y la vida, como lo exige tan peregrino divorcio como el que nos legó el Renacimiento y acentuó el siglo pasado, y ansiamos real y verdaderamente ver fundidas ambas cosas en un arte católico ideal que nos ayude inmejorablemente a limpiar el horizonte de equívocos y descubrir latitudes ignoradas para el acercamiento a la belleza humana, y por ende en alguna medida a la belleza trascendente; entonces, si sinceramente nos empeñamos en tan urgente tarea mental y vital, no podremos pasar por alto, sin profundo dolor, la absoluta y total lejanía en que se mueve el ambiente católico del problema del arte actual. El cual no es otro que el que están haciendo nuestros contemporáneos, en busca de la expresión de las inquietudes de la humanidad coetánea.

Marie-Alain Couturier, sacerdote dominico que tiene un trabajo titulado "Arte y Catolicismo" (Ed. Difusión de Chile) enjuicia severamente tal estado de cosas, atribuyéndolo a dos graves deficiencias:

1. *la casi total ausencia de obras religiosas en la producción intelectual de los siglos XIX y XX.*
2. *la desaparición de un ambiente propicio al arte contemporáneo, dentro del catolicismo.*

En esta situación —dice el texto comentado— *el arte religioso, aislándose del arte profano, nada tiene que ganar. Y mas bien tiene mucho que perder... comenzando por la propia vida, si así puede decirse.*

No nos hagamos ilusiones: nuestro arte religioso, a despecho de sus propios fines, ni se dará, ni inventará una vida propia. Pues todo arte de una época, por extraño que sea, es semejante a un vasto cuerpo viviente: todo lo que se aisla cercenando la unidad de la vida, como un miembro enfermo, se anemiza, se seca y acaba por descomponerse.

En cada edad, hay "un arte viviente de la época", y de esta vida común e indivisible es de quien la fe cristiana debe apoderarse y transformarla en sus propios fines. Así en el dominio de las realidades espirituales, la gracia no tiene vida propia, sino que enseñorea nuestra vida natural y la realza: si no hay vida natural, no habrá vida sobrenatural, pues nosotros no tenemos sino una sola vida.

Sería un abuso dedicarse aquí a hacer una crítica a las manifestaciones del arte religioso que padecemos hoy, aunque más no sea bajo la forma de restauraciones. Mejor guardemos energías para indagar más a fondo los móviles que colocan a tantos cristianos fielmente urgidos en aumentar su pensamiento y su quehacer apostólico en posiciones tan estériles, como lo señala el Santo Padre.

Si ciertamente sentimos una honda nostalgia por las maravillosas épocas del románico —dado el caso— convenzámonos que sólo activando aún más el arte profano, en lugar de aplicarle frenos, podrá salirse de la infecundidad en que yace el arte religioso. Y sobre todo, no olvidemos que la religiosidad o espiritualidad de una obra, no corre pareja tan sólo con la escena que representa.

El propio Vaticano es pródigo en ejemplos no muy santos de arte, a pesar de que los temas así lo indiquen a primera vista. "El éxtasis de Teresa", y muchísimas madonnas, que por todo el mundo son consideradas como arte religioso, sugieren una humanidad innecesaria, hasta contraproducente, pero aún existen personas que ven con horror un Cristo de Rouault...

Y para qué recordar la música que se elige actualmente para matizar las ceremonias religiosas. ¿No hemos escuchado alguna vez hasta Parsifal de Wagner o La niña de los cabellos de lino, de Debussy, durante la Consagración de las formas?

¿Acaso, se ha olvidado que hubo un Bach, o lo que es mucho más grave, de que existe una música gregoriana?

Bueno es percibir la cantidad interminable de argumentos que están a nuestra disposición, para llamar la atención de los negligentes. Moderemos generosamente tal recurso para no ahuyentarlos. Lo haremos, valorando el arte moderno y extrayendo sus posibilidades concretas desde estas mismas columnas en próxima oportunidad. Para ello, comprometemos el lector.

Patricio H. Randle



PERTURBACION ECONOMICA

En nuestra nota, *El Estado Comerciante*, del 25 de febrero, examinábamos la política económica del General Perón, viéndonos obligados a reconocer sus sistemáticos desaciertos. Por ese entonces, el actual equipo económico se había hecho cargo de la conducción máxima del país, en lo que a su economía se refiere, y era presumible esperar que tomaría medidas prudentes pero firmes para remediar un estado de cosas que amenazaba tornarse gravemente peligroso. Y para que se situara en su justo lugar el alcance de nuestras advertencias, decíamos que la situación no era "catastrófica como nos quiere convencer la propaganda norteamericana o inglesa o el coro de entreguistas que ha entonado himnos prematuros de regocijo". Y añadíamos: "Mientras el país mantenga su nivel de completa ocupación, y lo mantiene en condiciones excelentes sin que se vislumbre por ahora una crisis a ese respecto, estas deficiencia, corregidas a tiempo, no pueden poner en crisis grave nuestro organismo económico".

Desgraciadamente, de entonces a aquí, o no se han tomado las medidas pertinentes o se las ha tomado en forma fragmentaria, de suerte tal que los males se han agravado y ya se insinúa, con perfiles definidos, el fenómeno de la crisis con síntomas visibles de alguna desocupación.

El imperialismo económico de dólar

Dada la interdependencia de las economías nacionales, es imposible, hoy más que nunca, exigir a una de ellas que se comporte de manera determinada si las otras no ajustan proporcionalmente con ésta su comportamiento. Y aquí esta el punto débil de todas las críticas que formulan nuestros grandes rotativos a la actual situación económica del país. Exigen libertad plena para la iniciativa privada, reclaman supresión de todos los controles del movimiento comercial, entonan loas a la división del trabajo y a la complementación de las economías regionales del mundo, pero no tienen valor para denunciar el abusivo imperialismo del dólar, que está perturbando las relaciones económicas de todos los pueblos. No hay economía más agresivamente proteccionista y nacionalista que la americana. Por esto se ha levantado poderosa. Y no es mera casualidad que el libro clásico del proteccionismo, *Sistema de la Economía Nacional* de Federico List, haya sido en parte fruto de la experiencia que vivió su autor en aquella nación. Porque la grandeza económica de Estados Unidos no se debe sólo a las excepcionales riquezas de su suelo y a la capacidad extraordinaria de trabajo de sus habitantes sino también y principalmente al gran sentido nacionalista que inspira todas sus realizaciones. Junto a esto, el privilegio de haber intervenido decisivamente en las dos grandes guerras mundiales sin haber sufrido en territorio propio sus desastrosos efectos, le han convertido en el país más rico del mundo. Poseedor de todas las materias primas en propio o en ajeno suelo, de toda clase de industrias pesadas y livianas, de todo el oro y divisas fuertes del planeta, puede darse el lujo, en gesto de magnífica generosidad, de volcar sus inmensas riquezas de guerra o de paz sobre cualquier región del globo, haciendo surgir poderosas industrias o sembrando la desolación con sus máquinas bélicas.

Nación que, debajo de un idealismo evangélico, se mueve por impulso de dominación imperialista, quiere manejar el mundo económica y políticamente. Toda la historia de sus relaciones con los países latinoamericanos lo demuestra. Toda su política bélica de las dos últimas guerras lo confirma en lo que se refiere a Europa y al mundo. Y si faltaren pruebas, vienen a proporcionarlas sobradas, el Fondo Monetario Internacional, creado por el convenio de Bretton Woods y el Plan Marshall que convierte a todos los países en satélites de la órbita del dólar. Ningún país de los que no están dominados por la esfera soviética puede hoy comerciar sino a través de Estados Unidos y con su beneplácito. Las recientísimas disputas de Inglaterra con E. U. y con el resto de naciones del Plan Marshall por no dejarse arrebatar las últimas reservas de oro, demuestran esto mismo acabadamente. Y Estados Unidos, dueños de todo el oro y crédito mundial, se aprestan a poner ahora en funcionamiento el punto cuarto del programa de Truman para subsidiar a las regiones subdesarrolladas, invirtiendo en ellas sus cuantiosos capitales.



justicia prudencia



La consecuencia es harto clara. Ningún país podrá levantar ni organizar sus industrias y comercios sin el consentimiento de Estados Unidos, quien, por su parte, hace fuertes llamados al multilateralismo del comercio y al libre mercado internacional.

Queremos destacar la realidad de este imperialismo perturbador del dólar; en primer lugar, para que no se confundan nuestras críticas con otras interesadas y antipatrióticas, provenientes de sectores entreguistas que no tienen la suficiente libertad de espíritu para manifestar *toda* la verdad. En segundo lugar, para que aparezca cómo debe proceder con *astucia cándida* un gobierno que quiera regir eficazmente nuestra economía. Ni bravuconadas ridículas que desconozcan el innegable poderío del país del Norte ni complejo de inferioridad frente a ellos. Defensa modesta pero firme y digna de nuestra legítima independencia. Y, a su vez, generosidad en el trato con nuestros vecinos, dotados de menor fuerza económica que la nuestra, para no incurrir en las mismas injusticias y defectos que achacamos a Estados Unidos.

Y otra consideración. Aunque la interdependencia mundial nos prescriba tomar conciencia de nuestra fuerza y de nuestra limitación para proceder con cautela, no hemos de olvidar que, en definitiva, somos nosotros, y sólo nosotros, quienes hemos de labrar nuestra propia realidad social. De aquí, que no deje de producir sino triste impresión el regocijo de los que se alborozan, por otra parte en demasía, con la crisis que se anuncia en Estados Unidos. Como si de allí hubieran de resultar bienes para nuestro país o pudiera encontrar justificativos el manejo gubernamental de nuestra economía. No alcanzamos a comprender cómo el mal ajeno podría aliviar o justificar nuestros males y sobre todo nuestros desaciertos.

Y después de este prólogo algún tanto largo pero necesario, entremos en materia.

Progreso inflatorio y amagos de desocupación

En nuestro actual momento económico, llama la atención que junto al proceso inflacionista que se desarrolla sin interrupción desde hace varios años, comience, desde hace un par de meses, una sensible disminución del ritmo comercial con signos también sensibles de desocupación. Nuestra realidad no parece ofrecer la características propias del ciclo económico estudiadas con tanta precisión, al menos en lo que a su fenomenología se refiere, por la moderna investigación. Se trataría más bien de un caso muy especial determinado, a nuestro entender, por desacertadas medidas gubernamentales. Veamos.

A fines del año pasado, el Consejo Económico Nacional dictó una serie de enérgicas medidas deflatorias que debían



fortaleza · templanza

producir inmediatos efectos. Cortó casi radicalmente los préstamos para nuevas industrias o para ampliación de las existentes; cercenó por medio del Banco Central el redescuento de documentos; suprimió asimismo todo préstamo del Banco Hipotecario Nacional que no fuera para la vivienda propia; limitó las emisiones de acciones y obligaciones excepto para el caso de industrias de interés nacional o para las que se incorporen al país con todo su personal.

Sin embargo, el proceso inflatorio no se detuvo y, en cambio, se ha iniciado una sensible reducción del ritmo comercial. ¿Cómo se explica ésto? La explicación obvia está en que aquellas medidas no fueron acompañadas por una sabia política fiscal, monetaria, social y de intercambio comercial, de manera que, por una parte, no fueron suficientes para frenar la inflación y, por otra, provocaron la detención parcial del movimiento industrial.

Poco después de aquellas medidas, con el comienzo de este año, se produjo casi automáticamente un alza general de precios, estimada en un 20 %. Se debió ello exclusivamente a los nuevos impuestos nacionales y municipales, como p. ej. el de las ventas y actividades lucrativas, y a los reclamos de mejora de salarios hechos por varios gremios, como por ejemplo el de empleados de Comercio. Porque hay que tener en cuenta que si bien estos aumentos se han solicitado o acordado bastante entrado el año, los rumores de sus reclamaciones venían circulando desde fin del año pasado y como las empresas tienen sobrada experiencia de sus efectos retroactivos buscaron la manera —y de cómo hay que buscarla y hallarla también tienen experiencia— de alzar automáticamente todo los precios para ponerse a cubierto de toda contingencia.

Otra causa de encarecimiento de la vida hay que buscarla en la disminución de bienes físicos, disminución si no absoluta, al menos relativa en atención a la mayor población y al mayor poder productivo. Una continua merma registrada en el rendimiento industrial por la falta de contracción al trabajo de los obreros ha sido calculada en un 17 al 20 %, por el propio Presidente, a mediados del 48. La disminución de bienes físicos se hace particularmente sensible en comestibles como por ejemplo en aves, huevos y verduras con la desaparición de las quintas y granjas alrededor de Buenos Aires, como efecto de la afiebrada especulación en tierras, o con el menor rendimiento de las mismas, a causa de la escasez de brazos para las faenas agrícolas. La carne ha subido asimismo de precio, en forma desmedida, por su gran escasez, no obstante el aumento de cabezas. Porque, sea por el monopolio del Mercado de Liniers como quieren unos, sea por la disparidad entre el precio interno y el de exportación, como argumentan otros, el hecho es que se faenan en Buenos Aires novillos o vaquillonas de año y medio, con un peso de 300 a 350 kilos, sin esperar a que lleguen a los 500 kilos que pesan en su madurez. "El país ha perdido, dice la Memoria de la Sociedad Rural de Necochea, más de 100 kilos de carne limpia por cabeza. Alrededor de 1 millón y medio de cabezas de hasta año y medio se sacrifican anualmente en el Mercado de Liniers, lo que representa 150 mil toneladas de producción de carnes perdidas al sacrificar el animal antes de llegar su estado de madurez. Si se considera que la orientación de los precios de Liniers determina la de todos los mercados del país (Rosario, La Plata, remates ferias de consumo local) no es aventurado afirmar que más de 400 mil toneladas de carne se "tiran", al impedir que cada animal llegue a un estado de madurez suficiente para producir la mejor carne del mundo".

La gravedad de esta situación se ha de medir no sólo por la escasez que determina en el mercado interno sino porque reduce considerablemente nuestro más valioso saldo exportable, que nos permita adquirir los equipos de importación necesarios para un alto nivel de industrialización. Sabido es que no hemos podido cumplir con las cuotas del Convenio Andes y que difícilmente podremos proporcionar las 300.000 t. a que nos hemos comprometido en el reciente convenio con el Reino Unido.

Otra causa importantísima y de acción sumamente directa en la suba de la vida hay que buscarla en la política monetaria francamente inflacionista. Francisco García Olano acaba de publicar en la *Revista de Economía Argentina*, un estudio de *La Actualidad Económica Argentina* en que demuestra que de la comparación entre la producción física que se calcula ha aumentado en 15 % ó 20 % desde 1945, y muy poco respecto a 1947, y la demanda potencial medida por los medios de pago que ha crecido en más del doble desde 1945 y en más de un 30 % con respecto a 1947, surge claramente el esquema del proceso inflacionista, que como es bien conocido, va acentuando paulatinamente su ritmo. Podemos, pues, decir que durante el año 1948, se ha desarrollado la inflación a razón de alrededor un 2 % acumulativo mensual. Este porcentaje tenderá a subir si no se encara un plan orgánico, y se lo lleva a cabo decidida y valientemente, atacando las causas reales de la inflación y no sus efectos como hasta ahora.

Finalmente, otra serie de factores de encarecimiento proviene de la reducción de compras al exterior, lo que determina la falta de bienes necesarios para la incrementación y continuación de los procesos productivos como maquinarias, particularmente agrícolas, materias primas, materiales auxiliares, fuerza motriz, repuestos y accesorios.

Entrando ya en el estudio de las causas que explican la disminución del ritmo comercial, observemos cómo la escasez de estos últimos elementos, además de encarecer los precios, determina un menor poder productivo, sensible sobre todo en las industrias rurales, metalúrgicas, químicas y aún en la de la construcción. Pero lo que de modo especial ha frenado el ritmo de producción y de negocios ha sido la fuerte e indiscriminada reducción del crédito. Al querer eliminar la especulación se ha puesto límite a la producción. Se sabe de empresas que después de efectuar ampliaciones con el crédito bancario no obtuvieron el necesario para abastecerse del capital circulante que requerían esas mismas ampliaciones. No sólo esto; sino que habiéndose duplicado el costo de la vida en un par de años no se le ha acordado a las firmas comerciales sino el mismo crédito de años atrás, lo que equivale a una real restricción para su desenvolvimiento normal. Esto es tanto más inexplicable cuanto ha trascendido de instituciones bancarias que han reducido en 100 millones el crédito acordado a particulares y han elevado en cambio a 1000 millones el otorgado al I.A.P.I. u otros organismos estatales.

Las sabias normas dictadas al personal del Banco de la Nación por su actual Presidente, el Dr. Mario Martínez Casas, no fueron tenidas en cuenta por la más alta dirección bancaria del país: "El crédito para el trabajo es como el agua para la tierra: útil hasta el punto de su saturación; más allá es no sólo inútil, sino perjudicial. Dentro de esta medida de la capacidad de producción todo crédito que se dé para aumentarla, será bueno; en cambio será malo el que se dé para la especulación".

La última memoria de *La Cámara Argentina de Industrias Metalúrgicas* señala con claridad la causa quizás más directa del actual entorpecimiento comercial. "Avanzado ya el año, dice, fué impuesta la restricción de los créditos bancarios, lo que constituyó un serio problema para las industrias, cuyo movimiento financiero... exige en estos tiempos grandes inversiones que casi todas las empresas realizan con el concurso



del crédito. Esta situación es particularmente sensible en estos momentos, en que se debe respaldar a la industria frente a la continua pérdida del valor adquisitivo de nuestro signo monetario, a la necesaria intensificación de la producción y a las elevadas inversiones que imponen los altos costos de la materia prima y de la mano de obra".

Remedios de la actual situación

Si la situación económica del país podía preocupar en febrero de este año, hoy es algo más que inquietante. Ya hay signos claros de desocupación. Basta hacer una oferta de trabajo para que se presenten en cantidad los candidatos. En ciertos ramos como el de la construcción se calcula en un 25 % la disminución del trabajo con respecto a hace tres meses. En textiles, son ya hoy miles los telares parados. En la industria del cuero, existe una sensible reducción. Y en el comercio en general una baja sumamente apreciable.

A pesar de todo, sostenemos que la situación económica, considerada desde un punto de vista *económico*, no es ni desesperante ni grave. Puede ser solucionada con medidas relativamente fáciles. Las mismas, substancialmente, que propiciábamos en nuestro editorial de febrero. Tan sólo queremos insistir en la necesidad de adecuar la actual tasa de cambio de nuestro peso con el valor real que tiene en el mercado internacional. Porque si el valor adquisitivo del peso se ha reducido a la mitad desde 1943 en el mercado interno, y, en cambio, el dólar y la libra se han mantenido prácticamente en igual valor, no hay por qué empeñarse en mantener artificialmente un valor de cambio internacional que no tiene. Esta medida, sin afectar en lo más mínimo al valor del peso en el interior del país, facilitará la venta de nuestros saldos exportables, de acuerdo a los actuales precios internacionales, y nos proveerá en consecuencia de las maquinarias y combustibles que nos son tan necesarios. Y, si a consecuencia de la nueva tasa de cambio, suben de valor los artículos importados, ello no tendrá influencia directa sobre los artículos de consumo. Insistimos en esta medida porque la creemos insustituíble para regularizar nuestro intercambio con otros países, el cual es vital para nuestra economía. Sostenemos también que el comercio internacional debe efectuarse a través de los exportadores e importadores privados, con el mínimo de restricciones, pero bajo una juiciosa y flexible regulación del Estado que oriente al mejor bien económico de la nación la mayor libertad de movimientos de las empresas particulares.

La nueva tasa de cambio, unida a un flexible control de cambios por el Banco Central que ejerciera esta juiciosa y flexible regulación restablecería el intercambio indispensable que el país necesita. Y esto, con una política social, fiscal, crediticia y monetaria prudentes, volverían a nuestro organismo económico a su normal funcionamiento.

Pero de todas maneras es imprescindible que nuestra política económica sea confiada a una *efectiva dirección*, que no sólo conozca nuestra realidad económica sino que tenga el poder de impulsarla convenientemente. Si se ha creado un Consejo Económico Nacional, es menester que asuma *efectivamente* la dirección de nuestra economía.

Tenemos entendido que el Consejo Económico Nacional ha preparado un plan de medidas que deben considerarse buenas en sus líneas generales. Pero nos parece grave que carezca de las "estadísticas que le permitan apreciar objetivamente los problemas", a pesar de que se da cuenta de que "hay síntomas de perturbación económica porque los efectos son visibles".

Y uno se pregunta: ¿Pero es posible que en la Nación Argentina haya un Consejo Económico que no tenga estadísticas para apreciar objetivamente los problemas? ¿Y para qué entonces, un Ministro de Economía, y otro de Finanzas, y otro de Hacienda, y otro de Industria y Comercio y otro de Agricultura, y otro de Trabajo y Previsión, y además, presupuestos abultados, enormes edificios, sendas direcciones y funcionarios y organismos y Banco Central y el I.A.P.I. y la Dirección Nacional de Estadística y Censo?

Solo una *dirección efectiva* de la economía del país puede dar solución justa a los problemas puestos de manifiesto por los síntomas de perturbación. Pero una dirección que no se sienta ante el país como un patrón frente a su empresa, sino como un gobernante frente a la realidad *humana* que es toda sociedad política. Porque si es malo el liberalismo que pretende lograr el bien común por el libre juego de fuerzas dejadas a sus propios impulsos, malo y peor el estatismo que quiere obtenerlo por medios rígidos y mecánicos.








Confesamos que el actual equipo que tiene en sus manos la dirección de nuestra economía inspira plena confianza en lo que a honestidad se refiere; creemos que el plan de medidas que ha elaborado y que tiene a estudio puede considerarse bueno. Pero tememos que carezca de fuerza política suficiente para llevarlo a la práctica. Es necesario que Trabajo y Previsión armonice su actividad con las posibilidades económicas de la nación. ¿De qué vale dictar normas si han de ser alteradas por la demagogia? Es necesario que el Consejo Económico concrete las medidas sobre una base más objetiva de los problemas. Es sobre todo necesario que tenga fuerza política para que se hagan *efectivas* las medidas pertinentes.

Así como afirmamos categóricamente que no creemos grave nuestra actual situación económica, así también expresamos nuestro franco temor de que esta situación, en manos no del todo certeras y eficaces, pueda ser encaminada a la ruina.

No está del todo excluído el temor de que la política gubernamental, después de haber provocado un proceso acelerado de industrialización, cumplido a costa de la producción agropecuaria, que ha sido fundamentalmente perturbada y en parte arruinada, se apresure ahora —asustada y desconcertada de su propia obra— a volverse hacia la promoción también acelerada de las actividades agropecuarias, amenazando arruinar el proceso de industrialización. De esta suerte, en un par de años, se habría arruinado la ciudad y el campo.

Cumplimos con el deber de señalar la grave e impostergable responsabilidad que pesa, en estos momentos, sobre el gobierno de la Nación.

PRESENCIA

ORACION A SAN ABEL

Desde lo más recóndito de nuestros corazones venimos a suplicarte un pedazo de pan verdadero, hoy que nos ahogamos en grandes fiestas. Recurrimos a ti, prefiguración perfecta del eterno testigo, para que ampares y fortalezcas la sinceridad de nuestro quehacer, ofrecido a la descarnada Cruz, que alienta las cosas, los corazones y las inteligencias. Que por tu insólita gratitud seamos partícipes del genuino ejemplo, y por el cual, seamos triturados perfectamente. Líbranos de la infernal envidia, que al invadir el corazón de tu hermano desoló a la milenaria alma humana, para postrarla en la desdicha de nacer ricos. Sea tu inocencia el valle amargo por donde se conduzcan nuestras pobres valentías, que junto a tu ganado buscan el pasto del "Pastor eterno". Pedimos la esencia de tu nombre para salir al campo de los testimonios, y así no tengamos miedo cuando "estemos librados a las fieras", de las tres concupiscencias. ¡No sea que el coraje nos abandone y entristezcamos al cielo! No olvides nuestras vehemencias por vivir al amparo de la Paloma, como tú lo hiciste, ignorando que te santificaba. Cuando la complicidad quiera arrastrarnos en sus olas multiformes dónanos la "estúpida simplicidad" para que nos guarde; será ella la que hará nuestro encuentro con la Justicia que liquidó el primer tiempo. Que todos los suspiros y ansias de la cuna inmaculada nos penetren y devasten en prueba del amor que te rendimos.

Olvida tu nombre y haznos perennes.

Dulce Abel, ruega por nosotros.

HUMBERTO A. FOLLARI

  

"ESTA LUZ DONDE HABITAS"

Confesemos que nuestro deseo de conocer el libro de Horacio Armani era largo y poderoso. Nunca como en su caso nos había ocurrido hallar en nosotros una expectativa semejante. Pero ello tenía una explicación. Los poemas de Horacio Armani venían precedidos de un primer premio de la Com. Nac. de Cultura y de un señalado proceso laudatorio distribuído en diarios y revistas. En "Leoplán", por ejemplo, otra voz joven de la poesía argentina había afirmado que veía en Armani el valor más sobresaliente de nuestra generación. "La Nación", por su parte, había dicho con toda seriedad algo por el estilo. Y fué así como llegamos a imaginar una tabla de valores poéticos presidida en su vértice por Armani.

Leído el libro, digamos que nuestra primera intención fué eludir esta reseña. Pero, como juzgamos necesario hacerla, quemamos las naves. Y afirmamos que el verso de Armani nos impresiona bien en su primer lectura. Y hasta puede creerse, por momentos, que nos encontramos ante una voz nueva y original. Hay poemas parejos; hay expresiones rotundas.

Pero efectuado un examen más detenido y obligados a sintetizar nuestro punto de vista, no dudamos en sostener: el arte de Armani es vacío y superficial. Le falta hondura interior para encabezar la tabla de valores de la joven poesía argentina. Su obra, en conjunto, no puede ser más despareja. En conjunto y en cada una de las composiciones que la constituyen. Veamos, como ejemplo, un gran soneto malogrado:

Ven a mí con tu sueño desdoblado,
hermana niña, de dolor vestida,
en pájaros y pájaros, caída
la figura del cielo a tu costado.

Ven con tus alas y tu mar, alzado
el rostro dulce en la llovizna herida,
ya bandera de lágrimas, vencida,
o heraldo del amor abandonado.

(Yo quiero asir su luz, partir, hallarla.
Si la tierra es fugaz donde ella pisa
islas más altas tenderé al nombrarla.)

Planeta del espacio emancipado,
ven con tu sombra helada y tu sonrisa:
te espera ya mi amor enamorado.

El endecasílabo final no podría ser más penoso. Ahora, desde otro ángulo, la poesía de Armani se nos ofrece muy confusa:

Por esa edad traslúcida tendía
su inesperada forma la esperanza,
cuando el modo inicial, que nada alcanza,
con gestos de ojalá reverdecía.

Entiéndase bien: aquí no hay hermetismo ni caos; hay confusión, simplemente confusión. Y esta falla literaria le acontece al autor por querer valerse de las palabras con una avaricia desmedida. Y esto es una falla grave, por cuanto no se pueden juntar —para hacer poesía— sustantivos y adjetivos lo mismo que monedas.

En definitiva, hay detrás de este libro, con sus aciertos y errores, una facultad poética que, si llega a ser disciplinada y consigue vencer las tentaciones que hoy la están perdiendo, ha de dar los frutos que la joven literatura del país aguarda de ella. Armani tiene los elementos necesarios. Y éste, en último término, sea nuestro elogio.

FERMÍN CHÁVEZ

SOBRE EUROPA

Si es verdad que la historia posee ese valor pragmático que ya en la antigüedad le atribuía Polibio, la obra de Gonzague de Reynold alumbra en tal sentido el pasado histórico de Europa que tiende a esclarecer las penumbras que la afligen.

D'où vient l'Europe? Qu'est ce que l'Europe? Où va-t-elle? He ahí, encerrada en estas tres cuestiones que indican su trasfondo histórico, su realidad dramática, y su angustioso porvenir, toda una historia secular que hoy enfrenta el mayor quebranto de la civilización que regía la humanidad entera. Y, para acometer el problemático drama, Reynold apela a los elementos históricos que han intervenido en su formación: describe magníficamente el proceso de la cultura clásica y su difusión en el mundo mediterráneo, la tradición política del Imperio Romano, la empresa de unificación espiritual llevada a cabo por el Cristianismo, las tradiciones nacionales de los pueblos bárbaros ("El mundo griego y su pensamiento", "El helenismo y el genio europeo", "El Imperio Romano", "El mundo bárbaro y la fusión con el mundo europeo", "Cristianismo y Edad Media").

En este largo recorrido, el autor demuestra que "la historia no es en modo alguno fatalidad, determinismo o azar, sino obra de la inteligencia y de la voluntad humanas obrando sobre las fuerzas y las circunstancias, creando sucesos, esclareciendo espíritus y dirigiendo masas". "El conocimiento del hombre y la experiencia de la vida que sólo la historia nos hace adquirir, nos permite prever. No se trata de profetizar, sino de comparar y calcular". Y, enseguida, abona su tesis con el pensamiento tomista cuando dicta que prever el futuro, fundándose a la vez sobre las circunstancias presentes y la experiencia pasada —como es el caso de la prudencia— conviene a la razón, desde que no pertenece sino a ésta establecer comparaciones y apreciarlas (Sto. Tomás). Reynold destaca que "todo llamado al pasado no es más que un llamado apasionado al porvenir", y, para ello, es menester extraer las constantes históricas fundamentales que, en forma permanente, han regido la historia del viejo mundo. Por este camino se podrán vislumbrar soluciones a la crisis europea, siempre que se ajusten a la verdadera tradición. Es preciso recordar que, como lo enseñaba la historiografía medioeval, la historia es por excelencia historia de lo universal, es decir, la historia *comprendiendo* la empresa del hombre al lado de Dios y hacia Dios. Por ello, no vacilamos en decir que en esta *relación se halla el* enigma de Europa.

La angustia que nos apresa al preguntarnos *où va l'Europe?*, sólo puede demolerse mediante la *fe histórica* que entrevemos en Reynold cuando analiza el proceso seguido por el Cristianismo como empresa inigualada del pensamiento europeo: "Como el Cristianismo ha sido educado primeramente en su misión religiosa y enseguida civilizadora, asimilando sucesivamente en el curso de su pasaje de Asia a Europa, el genio oriental, el genio judaico, el genio griego, el genio romano: he ahí sobre aquello que deseo insistir (finalmente). Civilización europea es pues sinónimo de civilización cristiana. El Cristianismo es nuestro techo". Sólo que el hombre ha dejado de mirar hacia las alturas y ha trabado su vista en las miserias de la tierra. De ahí la pérdida de cualquier esperanza en un mundo que se derrumba. "Entre un mundo que muere y un mundo que nace —nos dice Reynold— va siempre inserto un período vacío que es al mismo tiempo *sepulcro y cuna*. El mundo que muere, agoniza debatiéndose e intentando aplastar con su peso al mundo que nace, el cual no tiene aún los ojos abiertos y ni siquiera conoce su nombre". Pues bien, muy pocos hombres son menester para inspirar vida a este mundo naciente: "Constato —anota Reynold— que la "civilización ha sido siempre salvada por minorías, transmitidas por *élites*. Esta vez, será lo mismo, con la condición de que esas minorías, *esas élites*, pueden escapar a la masacre.

Es necesario que el político actual recupere el sentido del gobierno, y como decía Bossuet, para robustecer la prudencia que permita al príncipe reinar, nada más útil a su instrucción que unir los ejemplos de los siglos pasados a las experiencias que adquiere cada día. Por ello insistíamos desde estas mismas columnas en la necesidad de reflexionar la historia para determinar la acción del hombre.

ARNALDO MUSICH

 

"ASSASSINIO NELLA CATTEDRALE"

En el teatro Odeón, la compañía que encabeza Ruggero Ruggeri acaba de interpretar en italiano, la pieza teatral de T. S. Eliot, MURDER IN THE CATHEDRAL (ASSASSINIO NELLA CATTEDRALE).

El tema de esta obra es la Vocación, Martirio y Glorificación del Arzobispo de Canterbury, Tomás Becket. Nacido en 1117 de humilde cuna, por su prudencia, sagacidad y valor escala los más altos puestos en el reino inglés hasta ser nombrado Canciller de Inglaterra y poco tiempo después, en 1162 recibe el nombramiento de Arzobispo de Canterbury. Una vez en su sede episcopal, renuncia a su cargo de Canciller para dedicarse por completo y con total independencia al servicio de la Iglesia.

Su oposición a los abusos y atropellos de Enrique II contra los derechos de la Iglesia motivan una terrible lucha entre ambos; Tomás huye a Francia desde donde sigue combatiendo, hasta que por mediación del Rey de Francia llega a un acuerdo con él Enrique II y luego de siete años de exilio retorna a su tierra natal.

Con este retorno se inicia el drama de Eliot. Dos partes, cortadas por un sermón de Tomás en la Catedral, forman el conjunto de la obra. La primera es la delineación, preparación y configuración interior de la gran tragedia latente. El coro de las mujeres de la Catedral y los tres sacerdotes que glosan, entonan, narran y explican los acontecimientos cósmicos entremezclados con los sucesos históricos, van levantando en el horizonte el panorama de la tragedia; en sus voces y en sus gestos asciende inexorable la gran marea. Es la rueda de la vida que gira empujada por el coro; es un gran girón de historia inglesa que flamea ante nosotros, es un torbellino de fuerzas que se desatan incitadas por el terror y el pánico, es un sangriento desenlace preparándose en el corazón de las almas, de Inglaterra y del universo: "*pero he aquí que un gran temor nos oprime... un temor unánime... como el nacimiento y la muerte, cuando vemos el nacimiento y la muerte aisladas en el gran vacío*". Es el destino y la vocación de Tomás que pesa sobre todos y que arrastra en su carrera las almas implicadas en su existencia.

Los actores italianos que representaron esos dos tríos que desde los flancos elaboran la tragedia en el ambiente, supieron entrar en los momentos de honda exaltación lírica, sin perder la fresca y humana familiaridad que encierran el alma de la mujer pobre y el corazón sacerdotal. Ruggero Ruggeri, en la personificación de Tomás Becket encarna la paz de un espíritu saturado de una honda y larga experiencia humana; toda la serenidad y quietud del futuro mártir de Inglaterra, surgen de ese lento y pesado andar y de ese rostro en que se lee la paz y la inexorabilidad de una vocación.

La presencia de Tomás absorbe inmediatamente todo el ambiente; la tragedia que el coro edificó ante nosotros se dobla ahora de una delicada y grave aceptación de la Providencia en el alma del Arzobispo. Tiene la certeza de un martirio porque ya el halcón hambriento, levantando el vuelo, planea en el aire en círculos cada vez más bajos. La acción da un paso más hacia adentro, se cierra sobre el alma de Tomás y estalla en su interior; es la lucha contra los cuatro tentadores. Mientras yace sentado en medio de las sombras, una luz ilumina su rostro donde se inscriben las vicisitudes de la gran batalla espiritual. Entre las sombras desfilan los tentadores: primero el placer en la figura del viejo Tom que le recuerda el amor en los jardines, luego la soberbia del mando y la gloria del poder con sólo ceder a los deseos del rey, la tentación de la rebeldía y por último la tentación más sutil: la gloria del martirio. A la voz del último tentador se mezclan las voces intrigantes, exigentes y sollozantes del coro que pide a Tomás lo libre de trágico destino desatado por su causa. Pero Tomás con serenidad y plena conciencia, rechaza las tentaciones y se dispone a la prueba decisiva.

Una inicial del Misal de Juan de Tissenderie ha sido iluminada con el martirio de Santo Tomás Becket: sobre su cabeza levantada en postura orante brillan las espadas mientras por encima de ellas un ángel extiende su mano. Parecería que Eliot glosa esta imagen cuando pone al final de la primera parte en labios del santo, la invocación al Angel Custodio, el Angel que se cierne *por encima de la punta de las espadas*.

El sermón de S. Tomás es como el puente entre el mundo interior y el mundo exterior, entre la acción íntima y la acción histórica. La segunda parte es el Martirio y la Glorificación. Mientras el coro levanta hasta la apoteosis el presagio inexorable y el destino golpea impaciente, el Santo se dispone para el martirio mandando abrir las puertas de la Catedral. Una vez que los cuatro caballeros ejecutaron el crimen intentan una justificación ante el público. Sigue luego la glorificación final, y la purificación de las almas en la sangre del justo inmolado: el crimen no exige venganza, el inocente ha colmado con su vida las exigencias de la justicia divina.

La riqueza de sentimiento que oculta el alma de Tomás encontró en el actor italiano un ajustado, humano y delicado intérprete. Este tipo de obras exige grandes actores y público contemplativo. Eliot trata de acercarnos lo más directamente posible al combate espiritual; intenta descorporizar hasta donde sea posible el alma de su personaje para dejarla delante de nosotros, limpia, evidente, pasto y objeto de una intuición radical, y si el espectador logra fundirse con el ímpetu fundamental que la arrastra, si consigue entrar en el círculo mágico en que se mueve ¿cómo no comprender y sentir el sacrificio del héroe, cómo no sentirse interpretado por las lamentaciones del coro, cómo no sentirnos interpretados en lo más íntimo cuando los asesinos, obedeciendo a nuestra exigencia, se vuelven hacia nosotros constituídos en tribunal, para tratar de justificar su crimen, cómo no reprimir la indignación ante la irónica e hipócrita apología del asesinato?

Aquí hay teatralidad, aquí hay movimiento; pero es una teatralidad que no va a la epidermis o a la agitación vana y sin sentido de las pasiones que dormitan en el corazón humano; es una acción que va al alma, a los sentimientos más delicados y si toca a veces lo salvaje es para "componerlo", purificarlo y edificarlo integrándolo en las zonas superiores y específicamente humanas de la criatura racional. Es verdadero teatro, y es teatro humano y no bestial, pero es un teatro que moviliza todo el hombre y toca cuerdas muy ocultas y delicadas, es un teatro que ensaya configurar y hacer surgir temas interiores hace tiempo olvidados: es la posición de un conflicto y su resolución, no por aniquilamiento sino por integración en la órbita de valores subrehumanos que sólo la religión puede ofrecer. En este sentido "ASSASSINIO NELLA CATTEDRALE" es una obra maestra en su texto, ha sido una exacta realización en la Compañía de Ruggero Ruggeri, y un ejemplo para aquellos que sólo creen ser experiencias y situaciones humanas auténticas las que brinda el teatro de Sartre y Camus. Ambas son experiencias del hombre: pero mientras los últimos movilizan las posibilidades salvajes, las sombras del ángel caído y se complacen en el delirio de la anormalidad y del instinto sin normas ni valores, T. S. Eliot logra la experiencia humana total y la polarización de las fuerzas oscuras en el campo iluminado de la inteligencia y en la luz de la Revelación. Ante aquellos tenemos la figura del "hombre" tronchado, degradado, absurdo y sin sentido; ante éste tenemos la figura del "hombre" universal, completo y arraigado.

H. D. M.

A NUESTROS LECTORES

Ante las reiteradas quejas de muchos subscriptores de que no reciben regularmente la revista, la administración de PRESENCIA *se hace un deber advertirles que, aunque estas deficiencias obedecen a causas totalmente ajenas a su desempeño, le interesa conocerlas en cada caso particular, a fin de hacer llegar la correspondiente reclamación al Ministerio de Comunicaciones.*

Esta administración hace conocer a sus lectores la ventaja que reportan las subscripciones para la financiación de la revista y les ruega, en consecuencia, que no dejen de hacer otras nuevas entre sus amigos por las dificultades que puedan producirse en la recepción.

Finalmente hace conocer asimismo que para asegurar la estabilidad de PRESENCIA *ha hecho subscripciones de ayuda de $ 10, 20, 50 y 100 mensuales que pone a disposición de sus amigos.*

CORREO ARGENTINO
Central
FRANQUEO PAGADO
Concesión Nº 4330
TARIFA REDUCIDA
Concesión Nº 4045